No vale la pena morirse

TAMARA TRHOTTNER

Quema mis versos, espárcelos al viento,
Que el espacio los devore y se pierdan en el tiempo
T.C

La verdad, amigo, es que no vale la pena morirse, porque después de unas cuantas lágrimas, a veces más, otras menos y de un pequeño luto, el mundo sigue caminando sin sufrir ninguna alteración por la falta de tu cuerpo.

Yo lo sé de buena fuente, hace poco, o mucho (siempre es mucho cuando se extraña) decidió morirse un ser muy especial. Un hombre que dedicó su vida a ser eso, hombre, pero en su acepción de ser humano y no en las mediocridades que algunos pretenden colgarle al sustantivo. Éste que te platico fue hombre en verbo, actuó y vivió como tal, con todas sus consecuencias y sin escatimar.

Tuvo a su lado una mujer excepcional, un ser que iluminó su camino para que él pudiera recorrerlo, que lo guió cuando se encontraba perdido, acompañándolo cuando de repente lo envolvía la soledad. Una mujer que lo siguió, sin cuestionamientos, cuando él así lo pidió.

Este hombre quería a todos, quería a sus hijos y a los que no lo fueron, quería a sus amigos y a los que olvidaron el compromiso que la palabra implica. Quería a sus hermanos, a quienes siempre cuidó. Quería a los malagradecidos y a los rencorosos, quería a la señora que diario le pedía limosna y a los niños que con una sonrisa agradecían las *cajitas felices* que les compraba.

La lista de todos aquellos que se sintieron protegidos y amados por él es interminable, pero sobre todo, sobre todos, quiso a su mujer. Le duela a quien le duela, es la verdad. Algún día cuando esperábamos juntos el veredicto de un doctor acerca de la salud de su esposa el volteó y me dijo, así como si nada, así como se dicen las verdades que salen del alma, si a ella le pasa algo yo me suicido, y volvió a inhalar el humo de su cigarro, y que sepan que fue suicidio y no un accidente, ahí te encargo. Ella salió bien y él no tuvo que matarse, pero la frase quedó para siempre grabada en mi alma: morirse porque no vale la pena vivir sin el ser amado.

Después, muchos años después, él se acabó muriendo, porque así lo decidió, porque no quiso ser una carga, porque acabó de estar, porque se cansó de tantas cosas, tantas que ya mejor otro día te las platico. Lo que hoy quería yo decirte es porque no vale la pena morirse y es que resulta que después de que este hombre se murió salieron todos aquellos que con su ausencia se colgaron la medalla de deudos como excusa para tener un poco de reflector. Los dinosaurios, convertidos en lagartijas y su grupito de grillos que bailan y chillan para salir en la foto.

No vale la pena morirse porque de pronto te encuentras con seres que posan sonrientes junto a tu muerte vestida de bronce, seres que se han quedado con el apellido y no con las enseñanzas. Te encuentras con hombres que creen poder suprimir cuarenta años de vida entrelazada borrando su nombre en la tinta.

Él murió pero yo sigo viva y a ellos les repito lo que me dijo, nada más para que no se les olvide: si a ella le pasa algo yo me suicido. Y ahí se los dejo para que luego digan y hagan lo que les venga en gana.

Francisco Eppens

Teorema de las oscilaciones

PERLA SCHWARTZ

"Y organicé los ejércitos de mi mente"
ORHAN PAMUK *La vida nueva*

1

Estoy a la deriva
en un vaivén tan frágil
no encuentro un rumbo
fijo a seguir,
el alfabeto de luz
no emerge de las sombras
se halla soterrado
entre las aristas
de la incertidumbre.

Se impone la tristeza
se instala en esa mirada
que se detiene
en realidades que no son,
en realidades
que se desdibujan
sin lograr configurar
la esencia
del vacío rebasado.

Se vive una vida latente
no se halla la opción
para el avance,
uno siempre se pierde
en el camino sin retorno,
uno surca por los laberintos
de la desmemoria.
Delirio de los sentidos,
contrasentido
del aquelarre
de un corazón desvencijado;
música en caos,
el corazón ya no responde
ante el cúmulo
de laceraciones recibidas.

La ciudad se erige
como un absurdo escenario
de accidentes y provocaciones,
el alma se encuentra
en un claroscuro permanente.
Todo tiene el riesgo
de transformarse
en una mascarada
de tintes opacos.
Ese perderse en los recuerdos,
ese extraviarse
para resucitar de la amnesia.
Esas pulsaciones
que se acceden a la vida
de nueva cuenta.

Pero finalmente
se permanece
a una prudente distancia,
como si uno se condujera en off
por los días y las horas.
Las intromisiones alcanzan
profundos fundidos en negro.
El ser ya no resistirá
volver a ser mancillado.
Es preferible
una imagen congelada
a reincidir en el peligro
de una nueva entrega
sin respuesta,
de lanzar una serie
de fragmentos
que se desorienten